

*Fernando Guerrero Villagómez, * Maribel Piña Calva, **
Octavio Corona Paredes* y María Pérez Santillán**

Presencia de una ofrenda masónica en un contexto arqueológico de la ciudad de México

En el presente texto se vierten una serie de apuntes e ideas emanados de una primera aproximación resultado de un singular hallazgo arqueológico denominado “ofrenda masónica”, que fue localizado en contextos arqueológicos pertenecientes a los siglos XIX y XX del Centro Histórico de la ciudad de México.

Estoy completamente en tinieblas.

W. Locke

Durante enero a mayo de 2004, la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH realizó al sur de la Alameda Central de la ciudad de México, una serie de trabajos de rescate, resultado de la afectación que se produjo por las obras de infraestructura urbana que representó el Proyecto Plaza Juárez. De dichos trabajos se obtuvo una muestra importante de materiales arqueológicos: prehispánicos, virreinales y modernos los cuales contribuirán al conocimiento histórico de esa parte de la ciudad y a la comprensión del proceso evolutivo de la misma a través del tiempo. De la diversidad de los hallazgos arqueológicos que se obtuvieron en la excavación destaca, para los fines de este artículo, la presencia de una ofrenda que se ha denominado “masónica”, debido a que fueron identificados algunos rasgos iconográficos asociados a dicho fenómeno cultural. El presente texto busca un primer acercamiento a la naturaleza de este singular hallazgo, así como la comprensión de su significado y la presencia en el o los contextos culturales de los que fue recuperado.

Localización

El área donde se realizó la exploración arqueológica se ubica entre las avenidas Juárez (norte), Luis Moya (oeste), José María Marroquí (este) e Independencia (sur) de esta zona del centro de la ciudad de México (figs. 1 y 2). En este predio se ubica el conjunto Plaza Juárez, cuya construcción concluyó en 2006, y tiene una superficie aproximada de 27 300 m² de uso mixto: civil, comercial y gubernamental. Los proyectos urbanos más importantes desarrollados en él corresponden a las nuevas sedes de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y los predios de avenida Juárez 34, 36 y 38, donde se localizó la ofrenda masónica.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

** Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH: [fergueville@yahoo.com.mx].

1. Predio de la Secretaría de Relaciones Exteriores
2. Predio de Tribunales Civiles del Distrito Federal
3. Casonas del siglo XIX
4. Fuente y espacio escultórico de la Plaza Juárez
5. Ex templo de Corpus Christi
6. Área de estacionamientos
7. Edificaciones contemporáneas en uso
8. Hotel Balmer



● Fig. 1 Croquis de localización del Proyecto Plaza Juárez y los predios involucrados para excavación.



● Fig. 2 Foto aérea en la que se muestra de manera parcial la zona del rescate. El número 36 corresponde a la casa o predio donde se ubicó la ofrenda masónica.

Antecedentes históricos de la zona

La zona ha estado relacionada con una serie de actividades ligadas al comercio y la habitación que tuvieron su origen durante la segunda mitad del siglo XVI, periodo en el que se estable-

ció el Paseo de la Alameda (Castro, 2001: 16); aunque se conoce que su ocupación no se limitó al periodo virreinal y moderno sino también al prehispánico, que se situó en las postrimerías del siglo XVI, tiempo en el que el patrón ocupacional correspondió a zonas de habitación, cultivo y artesanal (Corona *et al.*, 2005). Sin embargo, el desarrollo sustantivo de la zona se vio beneficiado a partir del siglo XVIII (1720-1724), periodo en el cual se estableció el convento de Corpus Christi (Rocha, 2004: 20), el cual contribuyó poco a poco a que la zona adquiriera la vitalidad que no había logrado consolidar, en términos urbanísticos y socioeconómicos, desde la Conquista. Los planos y obras pictóricas pertenecientes al virreinato muestran¹ que el desarrollo urbano del lugar inició de la calle de Corpus, hoy avenida Juárez, hacia el sur con un modelo parcialmente reticular, con base en una mezcla del patrón indígena de chinampas y canales existentes previos a la Conquista y el mo-

delo inicial planteado por los conquistadores para la zona nuclear de la ciudad. Plazas y callejones comenzaron a hacerse presentes en la fisonomía urbana, ocurría lo mismo para la zona este del convento, donde para 1726 existió un pequeño grupo de casas y una plazuela que dieron nombre al barrio del Cuajomulco (Castro, 47).

A partir de dicha distribución, la zona comenzó a tener un crecimiento urbanístico cada vez mayor, aunado a las numerosas reformas (inacabadas muchas de ellas) que se dieron a lo largo del virreinato.² Por otro lado, en las primeras dos décadas del siglo XIX, se lograron definir algunas áreas urbanas de manera más clara. En estos

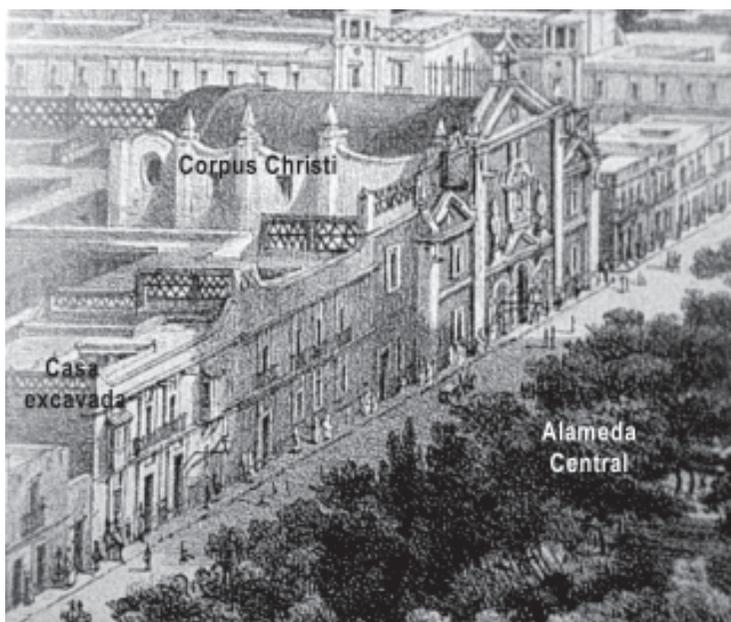
¹ La Mapoteca Manuel Orozco y Berra/SIEPA, Sagarpa; conserva una interesante colección de planos de la ciudad de México por medio de los cuales se puede obtener una importante perspectiva de la ciudad, fundamentalmente a partir de la Conquista.

² Los trabajos de Juan Pedro Viqueira Albán (1987) y Andrés Lira (1983), ofrecen información relevante acerca de la gente, sus oficios, la ciudad y su evolución para los siglos XVII a XIX.

años se comenzó a otorgar nomenclaturas a las calles, dividiéndose la ciudad por cuarteles militares. Para 1824, la zona en cuestión consideró al norte y en dirección este-oeste la calle de Corpus; mientras que al este con un eje norte-sur estaban ya las actuales calles de Dolores y López que desembocarían en la calle del Tarasquillo (dirección este-oeste), hoy Independencia. Así, los espacios urbanos de la calle de Corpus adquirieron a lo largo del siglo un valor cada vez mayor en términos de prestigio económico y social, por lo que comenzaron a edificarse construcciones civiles y comerciales con igual estatus, que se proyectaron de manera importante gracias a su economía hacia finales del siglo (fig. 3), durante el gobierno de Porfirio Díaz.

Al inicio del siglo XX, al final del gobierno de Díaz, la zona gozó de un gran auge económico y social, convirtiéndose en uno de los principales atractivos de la ciudad. De hecho, el importante desarrollo de la zona fue el motivo para que varias personalidades se acercaran allí, como José Yves Limantour, ministro de Hacienda del régimen porfirista, quien vivió en uno de los predios ubicados al este adjuntos al convento de Corpus, el cual forma parte en la actualidad de la Plaza Juárez y que corresponden a la fuente y al espacio escultórico. Al igual que el palacete de Limantour, se construyeron otros y al mismo tiempo edificaciones más antiguas fueron adaptadas a las necesidades y gustos de la *belle époque* porfiriana. Un ejemplo claro de ello lo constituyen las ruinas (literalmente) de tres construcciones de tipo habitacional, ubicadas al este de lo que fuera el predio de Limantour, las cuales fueron reflejo de varias adaptaciones evidentes en sus fachadas, donde se observa la mezcla de estilos como el neoclásico y el art nouveau (fig. 4).

Para la segunda mitad del siglo XX, la zona experimentó un crecimiento comercial. La mo-



● Fig. 3 Vista de la Alameda en la que se señala una de las casonas intervenidas en 2004. El estilo corresponde propiamente al desarrollado durante la primera mitad del siglo XIX, mismo que cambiaría drásticamente para la segunda mitad del siglo y principios del XX. Litografía de Casimiro Castro. Tomada de *Litografía y grabado en el México del siglo XIX*, t. II.



● Fig. 4 Portada de una de las casonas de la avenida Juárez en la que se localizó la ofrenda masónica.

dernidad eliminó muchas de las construcciones coloniales y decimonónicas, entre ellas la casa de Limantour; otras edificaciones, como las casonas, se incorporaron al comercio, ya fuese como restaurantes (París), o como cines (Alameda), que igualmente sucumbieron al paso del tiempo y fueron abandonadas a mediados de la década de los años 1980 quizá como consecuencia de los efectos producidos por el terremoto de 1985.

Descripción general de las excavaciones y hallazgo de la ofrenda

Los trabajos de excavación del predio del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal consideraron también la liberación de un área adjunta formada por los restos de las tres casas antiguas, que se encuentran ubicadas en el límite norte del predio y que ocupan los números 34, 36 y 38 de la avenida Juárez (véase la fig. 2). La intervención arqueológica en estas casas consistió en una serie de calas y pozos de sondeo en diferentes áreas de su interior. La excavación permitió observar como una característica del lugar, la constante adaptación y renovación de los espacios, así como la modificación estructural de los mismos, sobre todo para el periodo moderno, donde se rompió en definitiva con la estructura en los acabados y elementos arquitectónicos, por ejemplo, la eliminación de posibles espacios relacionados con áreas vestibulares y salones.

Al iniciar los trabajos de rescate, estas edificaciones se encontraban prácticamente derruidas, únicamente quedaron en pie las fachadas y los cuartos inmediatos a éstas, tanto de la planta baja como de la alta. Sin embargo, no se excavaron los interiores porque no había la suficiente estabilidad arquitectónica, y se procedió a liberar las áreas expuestas o derruidas correspondientes a la parte media y trasera de las mismas.

Para los fines de este texto, se debe destacar el proceso de excavación del predio o casa número 36,³ la cual tuvo como principal caracte-

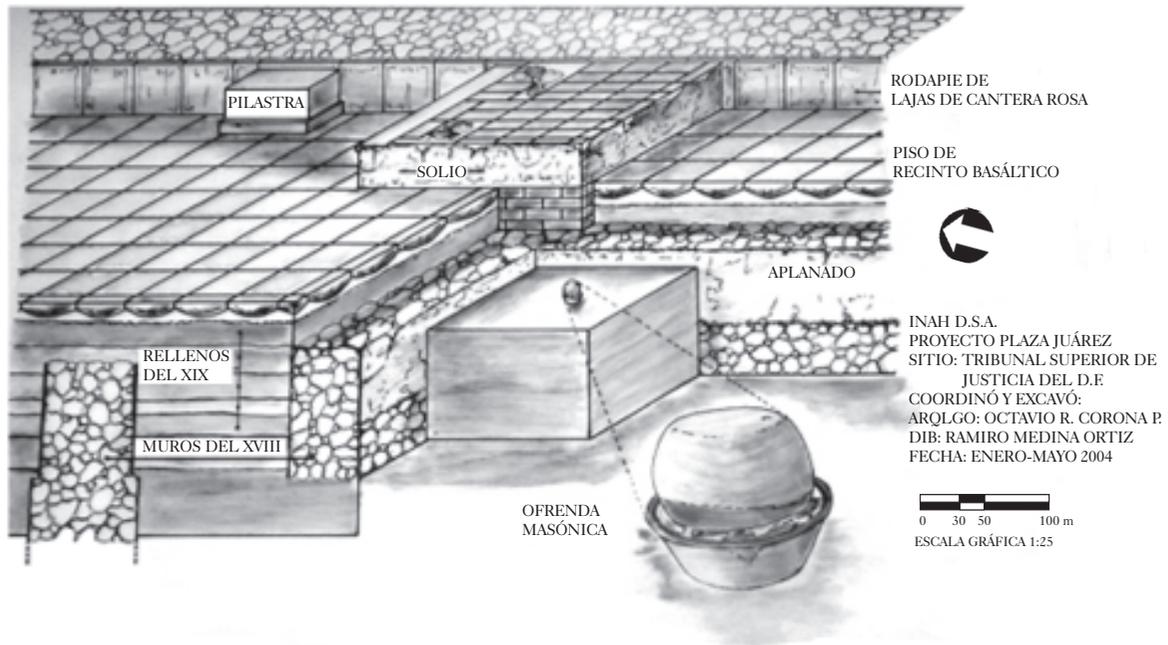
terística la mezcla de diferentes estilos arquitectónicos, la fachada por ejemplo, en la parte alta muestra rasgos de art nouveau y neoclásico (finales del siglo XIX y principios del XX), mientras que la parte baja presenta restos arquitectónicos de estilo art deco de mediados del siglo XX, que sirvieron como marco de tres cortinas de lámina que permitían el acceso, a mediados de los años setenta y ochenta del siglo XX, al cine Alameda.

Los muros interiores no presentan algún estilo en específico, reflejo quizá de las múltiples adaptaciones hechas durante el siglo pasado. Sin embargo, la excavación mostró varios reacomodos espaciales que dieron como resultado el registro de seis cuartos correspondientes al siglo XX, que afectaron los límites originales de los predios hacia el interior de los mismos. Posteriormente, al continuar con la excavación, se ubicó un piso de mosaico verde⁴ y el subsiguiente relleno estaba constituido por grava, ladrillo y cascajo, que desplantó a los 0.96 cm de profundidad, sobre un piso de recinto basáltico de colores negro y gris dispuesto a manera de tablero de ajedrez. La eliminación de la capa de relleno que cubría el piso permitió observar las dimensiones totales del predio, las cuales fueron identificadas por la presencia de un muro de tezontle y argamasa (espesor de 0.40 cm) que cerró en forma rectangular, dando forma a un cuarto de 5.00 (dirección este-oeste) por 14 m (en dirección norte-sur), al cual denominaremos Cuarto 7. Adosadas a los muros de dicho cuarto estuvieron una serie de basas de pilastra distribuidas en grupos de cuatro, tanto en la pared este como en la oeste y en grupos de dos en la pared norte y sur, así como un rodapié de cantera rosa que desplantó sobre el piso de ajedrez (fig.5).

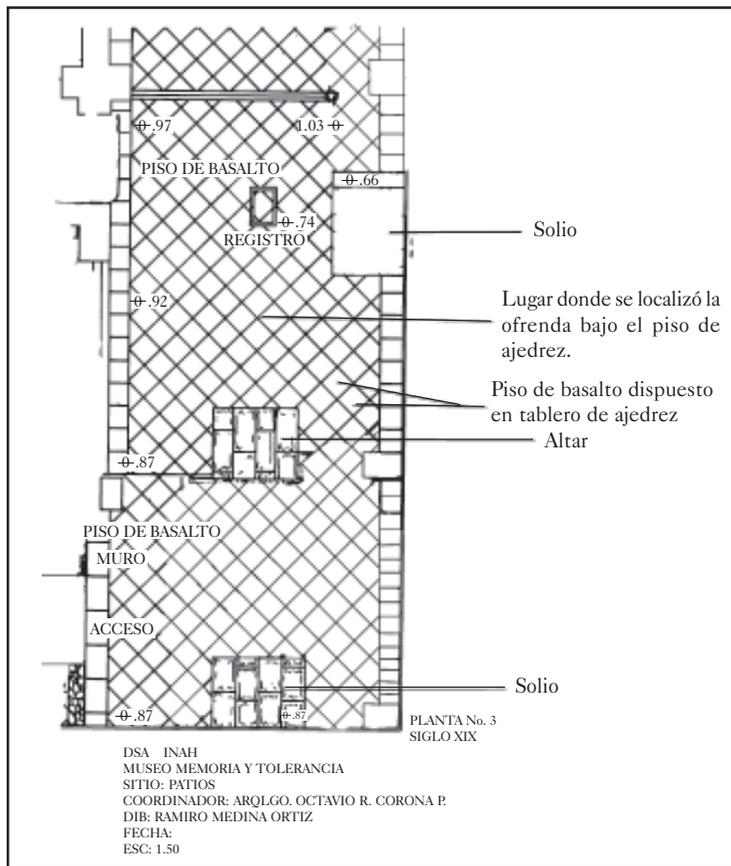
Otros elementos arquitectónicos de este cuarto son tres estructuras en forma de cubo realizadas en ladrillo y argamasa que rompían la continuidad del piso de basalto hacia el sur, centro y noreste del cuarto. La profundidad de éstos fue de 0.9 m y las dimensiones de 0.70 por 0.70 m. La corona del cubo del cen-

³ Ya que de ella se recuperó la ofrenda masónica.

⁴ De 0.30 por 0.30 cm; profundidad de 0.77 a 0.83 cm.



● Fig. 5 Plano en perspectiva de la excavación y posición en la que fue localizada la ofrenda masónica.



● Fig. 6 Planta general de la excavación de la casa o predio intermedio en avenida Juárez, número 36.

tro estaba constituida por ocho lajas de cantera rosa, mientras que los cubos ubicados al noreste y sur fueron construidos con ladrillo rojo y argamasa. Estos dos últimos se encontraban adosados a los muros que limitaban el predio (fig. 6).

En contraste con la distribución moderna que marca una clara división en tres predios, el piso de basalto y los elementos arquitectónicos asociados, como los muros del Cuarto 7, mostraron que tal vez hubo una etapa de relación con uno de los predios contiguos, principalmente el número 38 (véase figura 2), ya que se pudo identificar la base de dos accesos o vanos de puerta en el muro oeste. Esta integración de los predios sugiere que a finales del siglo XIX y principios del XX, constituyeron una sola propiedad con accesorias comerciales independientes al frente y áreas privadas en la parte alta y trasera.

La identificación de estos elementos en asociación con el resto del conjunto arquitectónico, permitió identificar que la entrada a éste era por un pasillo (2.50 m de ancho por cinco de largo en dirección norte-sur),⁵ por el cual se podía tener acceso al segundo piso de la casa, además de que separaba el área de accesorias y servía de antesala al cuarto trasero (Cuarto 7), del cual surgen una serie de observaciones en torno a su posible función.

La primera de ellas sugiere que este cuarto fue un espacio techado, pues no se identificó ningún elemento común a espacios abiertos de este tipo, como podría significar la presencia inmediata de un drenaje, cañería o coladera.⁶ La segunda es la presencia de los cubos de ladrillo dispuestos en el interior, que sugieren que aquí se realizaron actividades que poco tuvieron que ver con el ámbito doméstico y comercial, ya que no es normal observar dichos elementos en áreas abiertas o de tránsito. Su presencia recuerda, más bien, la disposición propia de un salón de actos o eventos de mediados y finales del siglo XIX, donde los cubos pudieron haber servido como templete o estrados. De hecho, en el rodapié del muro noreste se observó la huella de un escalón que conducía hacia el cubo correspondiente, por lo que existe la posibilidad de que los cubos adosados a los muros (noreste y sur) pudieran estar relacionados con la función antes mencionada. Se puede inferir que el Cuarto 7 desempeñó una función relacionada con actividades gremiales o bien que tuvieron que ver con “reunir” pequeños grupos de gente ante uno o dos oradores.

Bajo el piso de basalto de la excavación, a una profundidad de 1.00 a 1.79 m, se observó un relleno de nivelación, constituido por arena, tepetate y fragmentos diversos de materiales cerámicos, un par de tubos de albañal, que formaban parte del sistema general de drenaje de la construcción y que no mostraron relación con el piso de ajedrez. También se ubicó un muro de tezontle y basalto del siglo XVIII reutilizado

durante el porfiriato como relleno de nivelación. A una profundidad de 1.50 m en la parte central del Cuarto 7, identificado ya como salón, se localizaron un par de piezas cerámicas de tipo vidriado café y verde: un plato pozolero y una olla, elaboradas hacia finales del siglo XIX o principios del XX.

De estas dos piezas sobresalió la relación que guardaban entre sí, ya que físicamente permanecieron una sobre la otra a manera de contenedores (fig. 7). El plato sirvió de base mientras que la olla (le fueron eliminadas las asas para que embonara boca abajo dentro del plato) funcionó como tapa. Un rasgo que permitió considerar a ambas piezas como contenedores fue la presencia de una mezcla de cera de abeja y yeso que sirvió para sellar ambas piezas por la parte media;⁷ hecho que se confirmó al identificar y



● Fig. 7 Aspecto general de la ofrenda después del proceso de restauración.

⁵ Que iniciaba en la cortina de metal que da a la avenida Juárez.

⁶ Espacio arquitectónico destinado al tribuno en los salones o cámaras de discusión.

⁷ Cabe mencionar que al momento del hallazgo de la ofrenda, ésta mostró los efectos del tiempo y la presión del suelo. La olla que sirvió como “tapa” se encontró fragmentada en la parte que corresponde al fondo o base de la pieza. Más tarde se realizó el proceso de restauración, no obstante se encontró prácticamente íntegra.

recuperar una serie de objetos dispuestos de manera intencional, pero sin alterar el interior, como fueron dos medallas protegidas con cera de abeja y piel, doce canicas modernas y un prisma de cristal.

Descripción de los materiales de la ofrenda

Pieza 1 (base)

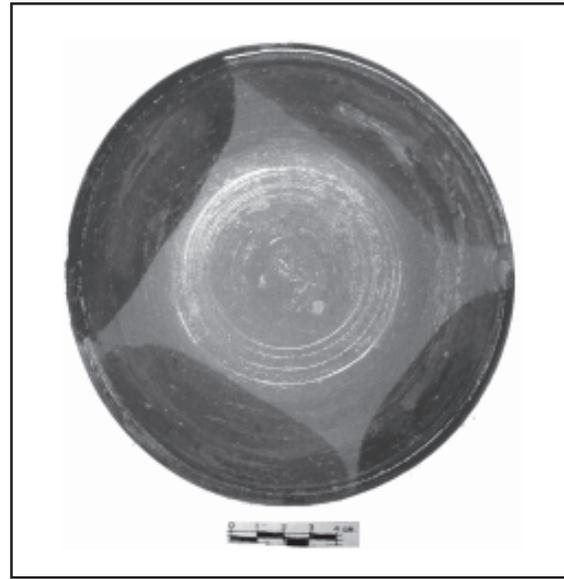
Tipo: policromo vidriado. Forma: plato pozolero. Diámetro de la boca: 18 cm. Altura: 6.5 cm. Espesor de las paredes: 8 mm. Borde tipo: redondeado, cuerpo recto-divergente, fondo y base plana. Técnica de manufactura: torno. Decoración: en el interior se presentan cuatro diseños semicirculares en color café oscuro y verde vejiga (fig. 8).

Pieza 2 (tapa)

Tipo: vidriado café y alisado. Forma: olla (fig. 9). Diámetro de la boca: 11 cm. Altura: 12.5 cm. Espesor de las paredes: 7 mm. Borde tipo: redondeado y cuello recto. Cuerpo globular, las asas van del límite del borde al cuerpo y fueron eliminadas de manera intencional para embonar. Base y fondo plano. Técnica de manufactura: torno. Decoración: la pieza está alisada de la parte basal hacia la parte superior en tres cuartas partes y vidriada en café oscuro hasta el borde y a la mitad del cuello interior. El interior se encuentra vidriado en color café claro.

Pieza 3 (contenido)

Medalla de cobre con motivos esmaltados en una de las caras (frente). Diámetro de 5.8 cm y espesor de 0.02 mm. No presenta arillo o gancho para colgarse; probablemente fue retirado de manera intencional. En la cara frontal (fig. 10) presenta como motivo una estrella de seis picos formada por la conjunción de dos triángulos equiláteros, que a su vez forman seis más de menor dimensión, dando sentido a la estrella. Cada uno de ellos tiene en su interior una letra y un color específico, se conforma la pala-



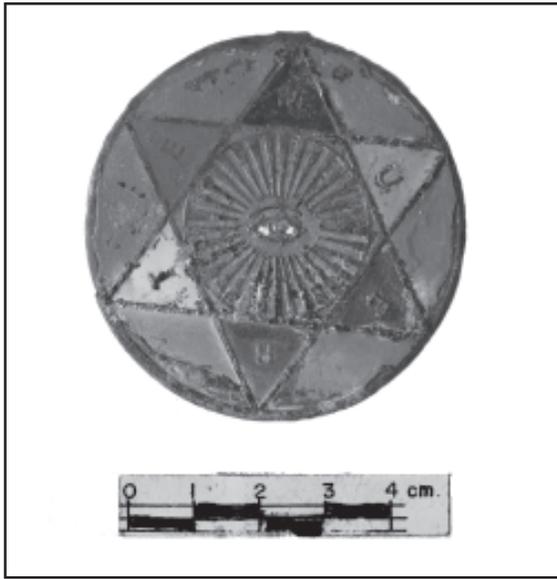
● Fig. 8 Plato pozolero del tipo vidriado café y verde.



● Fig. 9 Olla del tipo vidriado café.

bra “muerte”. Los motivos de la medalla, tanto en la parte frontal como en la trasera, fueron realizados con un troquel, mientras que los colores fueron aplicados a mano.

Caracter	M	U	E	R	T	E
Color	Café	Anaranjado	Verde	Azul	Amarillo	Rojo



● Fig. 10 Vista frontal del elemento 3.

En la parte central de la medalla se observó un elemento más, se trata de un círculo que en su interior presenta un ojo del cual surge una serie de líneas que simulan “rayos solares”. En la parte posterior (fig. 11) se observó una inscripción en caracteres latinos:

ELVOX
JEHOVÁ-ALA YAVE
BRAHAMA-TONATIUI
JESÚS-KRISNA

ORMUZ-QUETZALCOATL
MARTHA BLANCA
ASABACHINA-TICUHILITLI
IZTICUELOTLI

Pieza 4 (contenido)

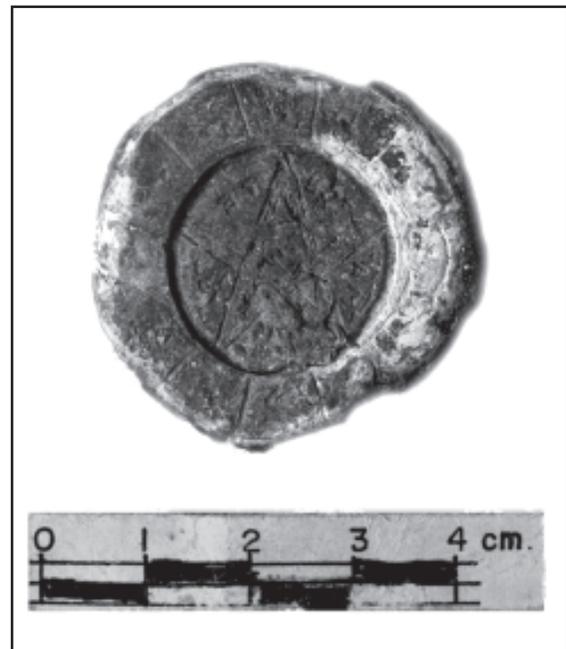
Pasta de cera de abeja (fig. 12) utilizada para pegar las medallas una con otra. En una de las caras se observa la impronta de la pieza 6, la cual presenta en la superficie residuos de óxido de cobre y yeso.

Pieza 5 (contenido)

Medalla de cobre con baño de estaño (figs. 13 y 14). Muestra en ambas caras diferentes ele-



● Fig. 11 Vista posterior del elemento 3.



● Fig. 12 Impronta de medalla en cera de abeja.

mentos iconográficos. Medidas: 3.9 cm de diámetro por 0.5 cm de espesor. La cara frontal representa en el centro un calendario azteca (fig. 14), se observa como rasgo central el sol y los denominados cuatro rumbos o las cuatro eras antecedentes al quinto sol; alrededor de éste se observan los doce signos del zodiaco griego.



● Fig. 13 Cara frontal con símbolo del tetragrámaton y signos zodiacales.



● Fig. 14 Cara posterior con símbolo del calendario azteca y signos zodiacales.

Cara B

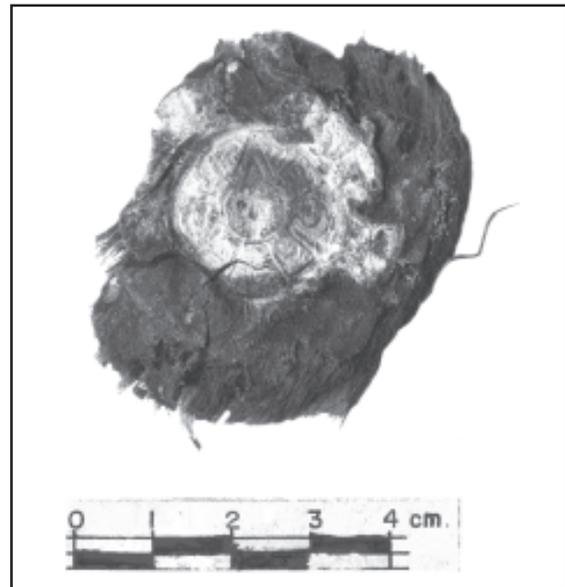
En ella están presentes también los signos zodiacales (véase fig. 13), pero se ha sustituido el calendario azteca por una estrella con cinco picos, unidas por dos triángulos “infinitos” que recuerdan las escuadras masónicas. En cada vértice se encuentra dividida la palabra *tetragrámaton*, acompañada de diferentes símbolos de tipo gráfico y numérico.

Pieza 6 (contenido)

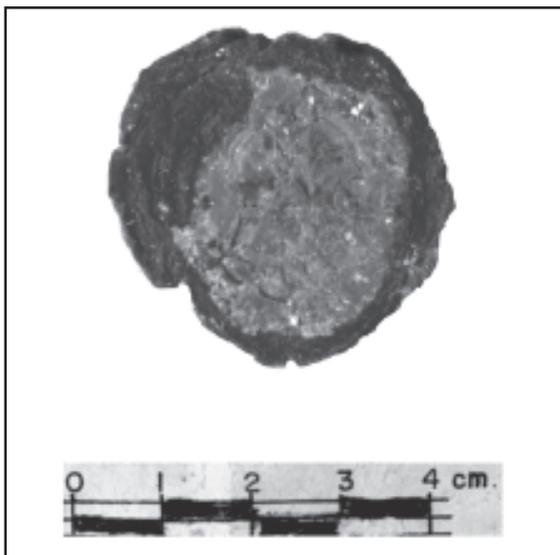
Disco realizado en cera de abeja usado para fijar las medallas al fondo del cajete o tazón pozolero. En este disco se observaron restos orgánicos —probablemente vello (fig. 15)—, la impronta del elemento 6, así como restos de óxido de cobre y yeso (fig.16).

Pieza 7 (contenido)

Juego de doce canicas multicolores y de diferentes tamaños; fueron localizadas alrededor de las medallas en el interior de la ofrenda (fig. 17).



● Fig. 15 Parte posterior del disco de cera de abeja. Esta cara mostró restos probablemente, de vello.



● Fig. 16 Disco realizado en cera de abeja, la mancha más clara en éste corresponde a restos de óxido de cobre proveniente de la medalla que descansaba sobre el disco.



● Fig. 17 Canicas multicolores realizadas en vidrio, dispuestas en el interior de la ofrenda y alrededor de las medallas.

Pieza 8 (contenido)

Prisma de cristal colocado sobre una de las medallas (pieza 3). Presenta dos perforaciones en sus extremos, sin asociación aparente a otro elemento. Al parecer formó parte de un candil y,

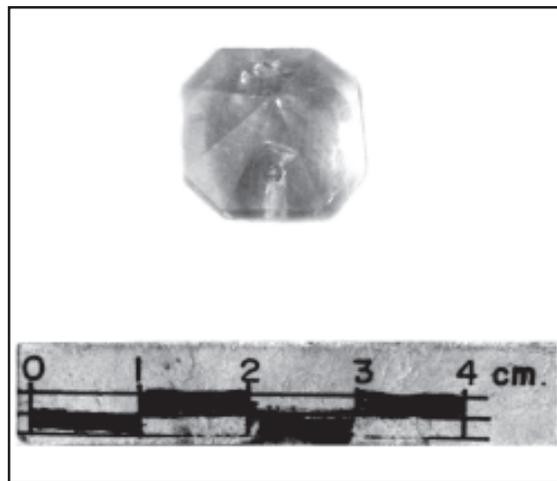
posteriormente, fue reutilizado como elemento simbólico (fig. 18).

Discusión

Los elementos descritos forman parte de un hallazgo singular en cuanto a contextos históricos se refiere. Sin embargo, éstos ofrecen una serie de atributos iconográficos y de materia prima que les sitúan en un entorno histórico y social específico (siglos XIX y XX). No obstante, la explicación de dicho hallazgo en términos de su función y relación con el contexto arqueológico en el que fue ubicado, requiere de la especificación del elemento simbólico de las muestras obtenidas, el cual se encuentra implícito en las medallas. Los rasgos sugieren en primera instancia una profunda relación con la *praxis* masónica, la cual fundamenta su sistema de creencias en una mezcla de símbolos judeocristianos y grecolatinos, entre otros. Así, se considera pertinente indagar en algunos de los principales conceptos de la cosmogonía masónica.

Conceptos y antecedentes generales de la masonería: un ensayo de comprensión histórica

En términos generales la masonería o francmasonería (“franc”: libre; “masón”: constructor) se



● Fig. 18 Cristal facetado con dos incisiones en los extremos.

refiere a una institución educativa (ético-religiosa) que fundamenta su origen histórico en los gremios de constructores o canteros del medioevo europeo (Ridley, 2000: 40-41). Se reconocen al menos tres periodos históricos denominados masonería operativa, masones aceptados y masonería especulativa (Álvarez, 1998: 43). Algunos estudiosos asocian el surgimiento de esta organización a un mítico origen templario surgido durante las Cruzadas, mientras que otros lo ligan en profundidades históricas todavía más lejanas: en el antiguo Egipto faraónico (Leadbeater, 1960: 14-36). Como se mencionó, un origen fundacional relativamente más formal tiene cimiento en los gremios o cofradías de constructores y canteros del medioevo, destacaba este gremio por sobre otros, debido a que ellos reunían los conocimientos (arquitectónicos y de los materiales) necesarios para construir los castillos, las catedrales, abadías y parroquias que eran realizadas con material ígneo,⁸ lo cual les otorgaba un estatus diferente entre los demás gremios (Ridley: 21), ya que los únicos empleadores de los masones eran, precisamente, los nobles y reyes de la época, convirtiéndolos en una especie de trabajador calificado (*ibidem*).

A esta etapa corresponde el calificativo de masonería operativa, que abarca los siglos XIII a XVI, el cual coincide con el periodo de construcción de las grandes catedrales góticas, y corresponde a una etapa en la que el centro de unión de los colectivos masónicos gravitaba en el oficio de la construcción, el cual como otros gremios medievales, eran las únicas organizaciones que permitían asegurar la enseñanza técnica o profesional (Álvarez: 44). En este sentido, la educación de sus miembros poseía un componente esotérico propio demostrado mediante símbolos y ritos de iniciación, considerados fundamentales para la comprensión y el ejercicio del arte de la construcción (*ibidem*).

Según Ridley, había dos tipos de masones: los picapedreros o masones rústicos que planaban la piedra dura común que servía tradicionalmente de cimientos; y los masones más

diestros, que tallaban las elegantes portadas de las iglesias y catedrales con materiales ígneos más finos y blandos, y que permitían resultados verdaderamente artísticos. El trabajo en esta piedra “más blanda”, que era conocida como “piedra libre o franca”, fue el origen de la autodenominación “masones de piedra franca”, a lo que su abreviatura derivó en la palabra francmasón (Ridley: 21). Para Findel (citado en Álvarez, *op. cit.*, 47), la denominación “francmasón” aparece por vez primera en Inglaterra, según lo dicta un acta del Parlamento del año de 1350, durante el reinado de Eduardo I. Allí *Freemason* o *Freestonemason*, se aplicó al obrero que trabajaba la piedra de adorno para distinguirlo de *Roughmason*, aplicado al obrero burdo. Esta habilidad como talladores de la piedra les permitió recorrer grandes distancias a lo largo y ancho del viejo continente, realizaron grandes proezas arquitectónicas que aún siguen en pie en innumerables ciudades y de las cuales se conservan innumerables leyendas y mitos acerca de sus constructores, en la memoria colectiva (*ibidem*).

Siguiendo la línea planteada por Ridley, estos gremios conservaron un profundo sistema de organización basado en una serie de principios de obediencia, religiosos y éticos emanados inicialmente de la doctrina católica. Estos principios y leyes consideraban, entre otras cosas, guardar lealtad al rey, a los nobles y al maestro empleador para quien trabajaban los de menor rango. Además, no debían traicionar los secretos en las artes de la construcción (*ibidem*: 21-23). Mediante el aprendizaje obtenido por grados, los masones operativos comprendieron el arte de tallar la piedra, adquirieron las claves de la construcción. Sus conocimientos fueron complementados por una formación ética y religiosa. Las principales leyes que rigieron a estos gremios, como los Estatutos de Ratisbona (Álvarez: 49), comienzan invocando a la virgen María y a los cuatro santos coronados, patronos de la hermandad masónica, además de insistir en la obligación de confesarse y comulgar una vez al año.⁹

⁸ Junto con algunas obras públicas, enfocadas principalmente a la traza de caminos, pozos y puentes.

⁹ Pedro Álvarez Lázaro, quien es a nuestro modo de ver uno de los más serios estudiosos del fenómeno de la masonería,

A pesar de esta lealtad evidente en los estatutos, existió una corriente crítica que indicó un marcado espíritu de independencia de los poderes establecidos; aquí es notable la sátira empleada en la iconografía catedralicia en la que se condena, por medio de una multiplicidad de escenas, las “malas acciones” de las autoridades públicas, principalmente religiosas, la cual estaba encaminada a la búsqueda de una religiosidad pura y ajena a las corruptelas y deformaciones seudoreligiosas (Álvarez: 50).

Por otro lado, existió en la masonería operativa una enseñanza de tipo esotérico¹⁰ mantenida por la obediencia, la cual obligaba a cumplir un juramento que hacía referencia a los Estatutos de Ratisbona. Dicha obligación se relacionaba con guardar los secretos de la profesión, que a su vez contenían las claves de interpretación simbólica que eran comunicadas exclusivamente a los iniciados, de allí el carácter de una educación esotérica (*ibidem*: 52), de la cual existen varias referencias en múltiples trabajos de autores especializados.¹¹ Junto con los ritos de “iniciación y de paso” se transmitía la enseñanza secreta de la arquitectura y una ciencia mística de los números, que utilizaban después en los trabajos de construcción. Los números 3, 5, 7 y 9 eran sagrados para ellos y los colores que tenían alguna relación con su arte fueron el azul, el dorado y el blanco. Sus principales símbolos fueron el compás, la escuadra, el nivel y la regla, que dentro de los gremios tuvieron propia significación. Así pues, en la edificación de un templo u otra obra arquitectónica, el maestro tallista de piedra perpetuaba su nombre al tiempo que contribuía a la glorificación del denomi-

nado, desde entonces, como Ser Supremo (*ibidem*: 53).

La masonería operativa tuvo su fin en las pos-trimerías del siglo XVI, con el decaimiento de los gremios ante el inaplazable proceso industrial y de los nuevos procesos económicos. Sin embargo, el complejo y arraigado sustrato filosófico le permitió evolucionar hacia nuevas formas que dieron ingreso a miembros que poco o nada tuvieron que ver con el trabajo de los antiguos canteros; a este grupo de masones se les denominó “masones aceptados”. Esto fue el resultado de una serie de transformaciones internas en las ahora denominadas “logias”, donde se dio un cambio gradual y cualitativo orientado hacia lo intelectual, el ámbito ético-religioso tuvo mayor profundidad y la esotérica nuevos significados (*ibidem*: 55). Fue durante esta época en la que surgió la famosa leyenda de Hiram, supuesto maestro constructor del templo de Salomón (Gallatin, 1924: 715-720) que representó el sentido más profundo de la iniciación masónica: “la muerte a un estado de vida para renacer a otro de perfecta moralidad” (Álvarez: 55). Por otro lado, los masones aceptados fueron hombres que mantuvieron contacto estrecho con intelectuales de la época y los ideales de tolerancia y universalismo proclamados por las utopías del siglo XVII y que se verían plasmados en los principios constitucionales de la llamada “masonería especulativa”.

De esta manera, los masones aceptados generaron las bases de una masonería moderna, en la cual tuvieron participación no sólo los maestros constructores, sino también agentes externos al gremio, incluso una serie de principios profundos como la fundación de una institución situada por encima de las diferencias nacionales y la reconciliación de todos los hombres como hermanos en una Iglesia universal, anticipándose al concepto de tolerancia religiosa (Comenio, 1922: 300). Por su parte, la denominada masonería especulativa surgió en los primeros años del siglo XVIII, tras las convulsiones provocadas en toda Europa por los enfrentamientos ideológicos, políticos y religiosos —la Guerra de los Treinta Años—, la masonería había ido admitiendo miembros que no pertenecían a las

se basa en el estudio de J.G. Findel (1861), quien a su vez es uno de los estudiosos más importantes de dicho fenómeno durante el siglo XIX.

¹⁰ Todos los autores consultados coinciden en la existencia de dicha práctica, de hecho ésta marca el inicio de toda la ritualidad y “conocimientos secretos” que posteriormente identificaran no sólo esotéricamente sino también exotéricamente a la masonería.

¹¹ Fallaou y Winzer, citados en Álvarez Lázaro (1998: 53), describen uno de los rituales de “iniciación y paso” que por razones de fines y espacio no se incluye en el presente texto.

profesiones que ellos representaban, pero interesados en encontrar un centro de reflexión y de fraternidad ajeno a dogmatismos e imposiciones antecedidas por los masones aceptados, por lo que las “logias” se convirtieron en un nexo de confraternidad “especulativa” o de constructores simbólicos. Estos constructores simbólicos mantuvieron un lenguaje heredado de las tradiciones arquitectónicas que les permitió establecer lazos de fraternidad mediante los cuales “superaron” sus diferentes perspectivas, buscando *construir* simbólicamente un “templo” basado en los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, trabajando por su perfeccionamiento material y moral (Ridley: 19-23).

Existe constancia histórica de la masonería especulativa desde 1717, fecha en que cuatro logias londinenses decidieron federarse y fundar la Gran Logia Unida de Inglaterra. Autores como Álvarez Lázaro (1998: 65) y Ridley (2000: 51-69) mencionan que existen textos que reglamentan su organización y sus trabajos desde 1723, año en que se publicaron las “Constituciones” redactadas por James Anderson y Théophile Desaguliers, y que establecen los viejos principios conocidos desde entonces como *Constituciones de Anderson*. En dicho texto se establecieron “los requisitos” para ser iniciado como masón, sobresale de entre ellos “ser libre y de buenas costumbres y creer en algún principio de carácter espiritual de matriz teísta o deísta”. Lo que podía ser lógico para 1723 y positivo porque superaba las intolerancias entre las diferentes religiones “reveladas”, tratadas en un plano de estricta igualdad, fue mantenido como condición de aplicación literal por la Gran Logia Unida de Inglaterra y por las diferentes estructuras masónicas, generalmente del mundo anglosajón, consideradas hasta la fecha depositarias de la única “regularidad” tradicional en masonería (Álvarez: 65).

A partir de entonces, la masonería ha vivido un largo proceso evolutivo que implicó no sólo la inclusión de toda una gama de rituales de iniciación y paso, sino también una serie de adaptaciones de tipo localista en Europa continental y su posterior difusión en todo el mundo. Fue durante el siglo XVIII cuando ésta desarrolló gran

parte de su imaginario y de conceptos,¹² por lo que su historia podría dividirse a partir de entonces en tres periodos básicos:

1. Masonería operativa (siglos XIII a principios del XVII).
2. Masones aceptados o *Freemasons* (siglo XVII).
3. Masonería especulativa o francmasonería moderna (1717 a la fecha).

Un aspecto importante que vale la pena mencionar en relación con la historia de la masonería europea, que de algún modo ha incidido en el resto de las formas de hacer masonería, corresponde al hecho de que en el siglo XVIII, la masonería franco-alemana cayó en un caos conceptual como consecuencia de la proliferación de discursos de tipo localista que incorporaron una serie de influencias míticas y cosmológicas emanadas de diversas tradiciones como la alquimia, el rosacruzismo, el templarismo y el iluminismo, entre otros,¹³ convirtiendo el contenido unívoco original masónico en algo polivalente y equívoco (Álvarez: 73-74). Autores como Álvarez Lázaro consideran que las logias tanto en Europa como en todo el ámbito transcontinental, oscilaron entre un relativismo místico y racionalista, convirtiéndose en virtud de la variedad de sus inclinaciones, en lugares privilegiados para acoger en su seno el complejo espectro de ideales que caracterizaron, en principio, a la Ilustración (*ibidem*: 75).

La masonería en México

En el contexto mexicano, la masonería se ha logrado identificar a partir de una *praxis* grupal

¹² Para mayor información sobre las leyes y fundamentos constitutivos de la masonería especulativa del siglo XVIII, es necesario remitirse a las constituciones de 1723: J. Anderson, *The Constitutions of the Free-Masons*, Printed by W. Hunter, England 1723. Material de difícil consulta en México, ya que forma parte de los textos herméticos de algunas logias del país. Sin embargo, es posible que existan algunas traducciones al español, sin que éstas hayan sido localizadas.

¹³ Sobre estos temas los textos de Paul Arnold (1997) y de Frances Yates (1987), son excelentes y serios referentes documentales.

de principios del siglo XIX que liga a las logias masónicas con la dinámica proindependentista en contra de España, por lo que es probable que ésta se practicara en la Nueva España desde mediados del siglo XVIII, de una manera todavía más hermética de lo que fue en el siglo XIX. Sin embargo, la falta de fuentes de primera mano le imprimen un alto grado de ambigüedad. No obstante, hay autores de clara participación masónica (Sobrino, 2005: s/n) que afirman que fue en el año de 1765 cuando llegó a México el primer documento con ideología liberal. Fue el conde de Aranda, Gran Maestro de la Gran Logia de España, quien introdujo las liturgias y arreos de la masonería con el propósito de practicar el rito de York, que había cobrado gran auge en la península ibérica (Sobrino), donde para 1728, ya existían cuatro logias: dos en Gibraltar, una en Madrid y una en Cádiz, de las que surgieron los primeros masones que llegaron a la Nueva España en el periodo colonial (*ibidem*). El mismo autor menciona que fue en 1806 cuando se fundó la primera logia en territorio mexicano por el español Enrique Mugi, en la casa de don Manuel Luyando, regidor del ayuntamiento, también de origen español. La sede tuvo por domicilio el número 5 del callejón de las Ratas, contó con la presencia de notables cofundadores como el marqués de Ulupa, el licenciado Primo de Verdad, el coronel Ignacio Moreno y el licenciado Miguel Domínguez, entre otros (*ibidem*).

La *Enciclopedia de la francmasonería y su relación con las ciencias* (Gallatin, 1924: 983-988) dedica un considerable número de páginas a la historia de la masonería en México, en ella se resalta la dificultad que implicó para el autor el obtener datos concisos sobre el tema y afirma que "...son absolutamente insuficientes y no se puede depender de ellos por carecer de la autenticidad necesaria [...] en consecuencia, el tratar de editar la historia de la masonería en México resulta un asunto de naturaleza sumamente delicada..." (Gallatin: 983-984). No obstante, el autor considera como documento "verídico" el ensayo realizado por el profesor Priestly de la Universidad de California, que lleva el nombre de *Historia Mexicana* (*ibidem*: 985).

En él narra la evolución del fenómeno masónico mexicano, parte justamente del proceso independentista de 1810, hace énfasis en personajes y hechos específicos que sería imposible exponer en el presente ensayo por razones de espacio.

De los datos que aporta la *Historia Mexicana* de Priestly, vale la pena mencionar la distinción que hace de los masones mexicanos en sus dos principales ramas: en la primera, los *escoceses* o masones conservadores, que en principio fueron realistas y posteriormente monárquicos ligados a Agustín de Iturbide; en la segunda los *yorkinos*, defensores de los ideales liberales, democráticos y republicanos (*ibidem*: 983). Diferencias que a la postre incidirían en la conformación de los primeros partidos políticos (el liberal y el conservador) que tuvieron su máximo periodo de lucha en las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, con la Guerra de Reforma y la Intervención francesa. Hechos que otorgaron a la francmasonería un prestigio que tuvo su mayor esplendor durante el porfiriato, periodo en el cual surgieron innumerables logias a lo largo y ancho del país.

Cabe hacer mención de algunos personajes considerados como masones, entre ellos Benito Juárez, a quien en la actualidad diversas logias como la del *Rito Nacional Mexicano*, realizan diferentes ceremonias conmemorativas, tanto en el hemiciclo ubicado en la avenida Juárez de la ciudad de México, como en el Recinto Parlamentario y Primer Patio Mariano del Palacio Nacional cada 21 de marzo, fecha de un alto contenido simbólico entre los masones. En la *Enciclopedia de Gallatin*, se citan varios dignatarios mexicanos de documentada participación masónica, por ejemplo Sebastián Lerdo de Tejada, Melchor Ocampo, Porfirio Díaz (quien según el historiador Orozco Ríos tuvo la más alta jerarquía, dentro del ámbito masón, grado 33), Bernardo Reyes, Venustiano Carranza y Francisco I. Madero, quien ocupó el grado 18 y fue miembro regular de la Logia Lealtad número 15 y la Logia Mariano Escobedo número 45 de Parras, Coahuila (Piña *et al.*, 2000).

En la historia de la masonería en México, llama la atención la falta de fuentes que permitan

comprender con mayor claridad dicho fenómeno, sobresale asimismo el hecho que liga la historia masónica mexicana a sólo aspectos políticos, lo que pone en evidencia un claro vacío documental en cuanto principios y fundamentos constitutivos que clarifiquen su devenir histórico, por lo que a continuación se enumeran algunos de los principios y objetivos que persigue la masonería especulativa desde el siglo XVIII hasta la fecha, tomando en cuenta, como ya se mencionó, las diferencias contextuales, culturales y temporales presentes desde entonces. Y, sobre todo, resaltar que muchos de estos principios no se llevan necesariamente a cabo en términos prácticos, por lo que corresponde a los historiadores indagar sobre su presencia y validez en el contexto mexicano.

¿Pero qué es la masonería?: aspectos ético-filosóficos y prácticos

En síntesis, la masonería busca desarrollar un pensamiento universalista y crítico orientado, como ya se dijo, hacia la formación ética y religiosa, que sirve como una didáctica esotérica y simbólica, reconoce a la educación como el medio idóneo para reestructurar a la sociedad en auténticamente humanitaria. Aboga también por una tercera vía educativa promotora de los valores de libertad y pensamiento universalista. La formación educativa del masón se ha desarrollado en espacios denominados como logias (talleres), donde se discuten asuntos ligados a la moral universal, la instrucción científica y artística, la promoción a la idea de progreso y la formación cívico-patriota (Álvarez: 31).

Por otro lado, la masonería considera varios niveles de conocimiento, el cual se revela por medio de la obtención de *grados simbólicos*, los cuales pueden variar en número y forma, dependiendo de la corriente ideológica y por supuesto de las reglas que maneje cada logia. La obtención de cada grado va acompañada de una ritualidad específica y el reconocimiento de un *lenguaje simbólico esotérico* emanado de una intrincada raíz multicultural. Estas enseñanzas pro-

pias de cada grado, forman parte de una unidad articulada que tiene como principal objetivo la formación del hombre como individuo y como ciudadano (Álvarez: 32). En los rituales se formulan defensas abiertas de principios, derechos y libertades de una sociedad liberal y democrática, tales como el derecho a la propiedad, al capital, al trabajo; el derecho de asociación, de autodeterminación, limitación y control de los poderes del Estado; la libertad de expresión, de culto, de conciencia y, por supuesto, de enseñanza (*ibidem*: 33). Aunque persiste una confusión en el tratamiento de los problemas teórico-metodológicos, se confunde por ejemplo la tolerancia con el relativismo religioso.

Asimismo, la masonería critica el clericalismo y, sobre todo, el jesuitismo y la influencia de los centros confesionales de enseñanza. En términos políticos puede calificarse de liberal reformista y de acuerdo con ello, critica el asociacionismo católico obrero por alienante e inmovilista, así como el activismo de tipo socialista y anarquista, por materialista y revolucionario; aunque la enseñanza o educación intramasónica ha censurado estos principios sólo en teoría (*ibidem*: 33-34). El principal mecanismo comunicacional de la masonería se basa en un discurso teosófico de origen judeocristiano y una simbología fundamentalmente grecolatina.

Siguiendo a Álvarez Lázaro (1998: 67) la masonería exige:

1. Creer en Dios (al que denominara genéricamente Gran Arquitecto del Universo, con las siglas GADU, ajeno a cualquier práctica religiosa en específico).
2. Proclamar la libertad de conciencia respetando las creencias religiosas individuales.
3. Considerar a la masonería como una institución fraternal creada para ser centro de unión entre los hombres por encima de lo que los distancia.
4. Exigir el cumplimiento de las obligaciones emanadas de la moral natural, caracterizadas desde su punto de vista por la bondad, la lealtad, la probidad y la honorabilidad, y no toma partido por ninguna moral religiosa determinada.

Acercamiento al significado de la ofrenda

Para indagar en el significado de los materiales que formaron parte de la ofrenda nos hemos apoyado en la ya citada obra de Albert Gallatin, ya que es uno de los pocos textos serios con los que se cuenta, pues abundan en la literatura de este tipo muchos textos de poca calidad, incluidos los emitidos por las distintas logias aún existentes en México y que no cuentan con la suficiente argumentación histórica.

Como se dijo, la masonería se apoya en un lenguaje simbólico (números, representaciones gráficas de diverso origen, principalmente judeocristiano, y representaciones geométricas) para dar a conocer su mensaje y entablar un diálogo entre aquellos individuos que han recibido (por grados de aprendizaje) una educación de tipo filosófica, moral y ética, basada en ciertos principios ontológicos y cosmogónicos, que nos hacen pensar que la ofrenda recuperada es una representación simbólica del cosmos, en la que una deidad conocida como GADU (Gran Arquitecto del Universo) representado con un ojo del que irradian rayos solares, es el centro de la misma; es decir, a quien está dedicada y que sirvió de alguna manera para santificar el lugar, ya sea como una ofrenda de iniciación o culminación de uno o varios actos rituales. Proponemos los siguientes puntos:

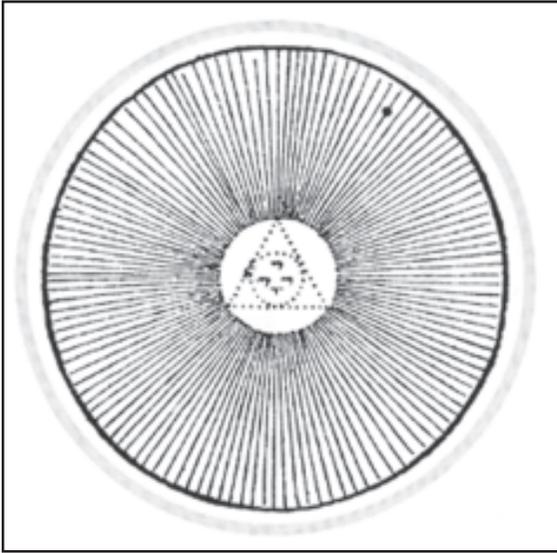
- El lugar fue un espacio de culto masónico, es decir, una logia o taller.
- Simplemente se buscó “bendecir o purificar” el lugar para evitar de alguna manera “malas influencias o mala suerte”.
- La presencia de atributos solares denota el culto al sol como entidad o deidad principal, lo cual puede indicar la realización de rituales solsticiales o equinocciales como inicio o fin de ciclos igualmente rituales.

Por otro lado, se propone que las piezas 1 y 2 (véanse las figuras 7, 8 y 9) representan la bóveda celeste (olla) y el plano terrestre (plato pozolero) en sus cuatro rumbos simbólicos,

mientras que el contenido ratifica la unidad del cosmos material con el cosmos “místico” a través de una serie de símbolos que a continuación ubicamos en cuanto a su significación.

En cuanto a la pieza 3 (véase la fig. 10), se ha observado que la masonería tiene desarrollado un alto grado y número de variables y variantes simbólicas, por lo que todos los objetos incluidos en la ofrenda tienen su grado de significación. Así, las medallas representan el ámbito simbólico de la construcción asociada a la masonería operativa. Su función es múltiple y se llevan durante las fiestas públicas y en los días de juntas, procesiones y ritos de iniciación (Gallatin, 1924: 974). Los símbolos geométricos de dicho elemento, que consisten en la unión o intersección de dos triángulos equiláteros, representan la unidad de lo material y lo inmaterial sirve para evitar toda clase de peligro, la masonería lo retoma del simbolismo hebraico, como el escudo de David (*ibidem*: 538). No obstante, el triángulo equilátero en sí mismo se refiere a la revelación personal de Dios y sus misterios trinitarios, que conforman a toda religión desde la perspectiva masónica (fig. 19). Mientras que el círculo representa al GADU, como símbolo de la perfección, “dios es un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no existe en lugar alguno” (*ibidem*: 924). En la medalla (pieza 3) el círculo encierra el “ojo que todo lo ve”, es decir, el ojo de Dios, del cual emanan rayos solares, en la masonería el sol tiene una correspondencia directa con el GADU (Gallatin, 1924: 1471-1473).

En relación con los colores se pudo identificar que la gran mayoría tienen un significado esotérico. El verde, por ejemplo, está asociado entre otras cosas a la idea de una inmortalidad inmutable y a la esperanza que representa también el principio del mundo, la creación moral o resurrección del iniciado. Asimismo está asociado a la acacia, *Acacia vera*, *Mimosa nilotica*, que es emblemática de la nueva creación del cuerpo y de la resurrección moral y física (*ibidem*: 1583), su número simbólico es el 6 (*ibidem*: 360). El amarillo está asociado al sol y al oro, que es el más noble de los metales, también representa la sabiduría; de igual forma cuando está asociado



● Fig. 19 Representación de Dios según el filósofo Comenio, siglo XVII. Tomado de *El mundo en imágenes* (1993).

al icono de “los rayos solares” matinales (*ibidem*: 93), su número es el 7. El azul representa el color de la masonería, es el símbolo de la “amistad universal y benevolencia, como es el color de la bóveda celeste, *la mansión celestial*, que abarca y cubre todo”, también es símbolo de la verdad y de la fidelidad, su número es el 1. El rojo representa el ardor, el fuego sagrado que es el símbolo de la regeneración y la purificación de las almas. Se refiere a la regeneración o reconstrucción del Templo (del Salomón bíblico) y simbólicamente a la regeneración de la vida, su número es el 3. Respecto a los colores café y anaranjado no se logró conseguir ninguna referencia, por lo que queda pendiente su estudio.

La palabra “muerte” distribuida en cada uno de los pequeños triángulos que conforman la estrella corresponde al sentido más profundo de la iniciación masónica de los siglos XVIII y XIX. Concibe a la muerte como el paso entre un estado de vida para renacer en otro nuevo de perfecta moralidad (Álvarez, 1998: 55). La idea masónica de la muerte en la obra de Gallatin, representa también un estado de transición entre una forma de vida a otra (Gallatin, 1924: 1040). La masonería presenta a la muerte como la puerta de entrada a la inmortalidad. Por tanto, “la muerte en la filosofía masónica, es el sím-

bolo de la iniciación perfecta, terminada y consumada” (*ibidem*).

La parte posterior de la pieza 3 (véase la fig. 11) presenta nombres de deidades tutelares provenientes de diferentes panteones religiosos y, por ende, de tradiciones culturales distintas, los cuales están dispuestos a manera de duplas, que a nuestro modo de ver conservan algún tipo de referencia entre sí, comenzando porque la gran mayoría son deidades tutelares de cada panteón. No describiremos los atributos de cada una de éstas, sino más bien se deduce que su presencia corresponde a la necesidad de unificar la creencia en el GADU como emblema de la masonería y que éstas son el reverso de la gran unidad que representa (muchas formas, un solo dios) en el estricto sentido masónico.

La pieza 5 (véanse las figs. 13 y 14) corresponde a otra medalla, en cuya cara frontal (fig. 13) se observa dentro de un círculo el símbolo del *tetragrámaton* (estrella de cinco picos), que a su vez es circundado por otro que incluye una serie de iconos relacionados con los signos zodiacales. El *tetragrámaton* o nombre de cuatro letras se refiere al nombre de Dios Yave (Jehovah), a quien se le considera el GADU (Gallatin, 1924: 789), la masonería retoma de su simiente judeocristiana el nombre y de la tradición bíblica, refiriéndose al *Éxodo* (versículos 2-3), en el momento en que a Moisés le fue dado revelar el nombre de Dios, el cual estaba prohibido mencionar a los hebreos, e igualmente a los masones contemporáneos, por lo que en este sentido se confirma la idea masónica universalista en la que se considera a Dios como el centro de todas las cosas (fig. 20). En ambos lados de la medalla se observa el “zodiaco masónico”, el cual está conformado por doce grados y caracteres iguales en significado y que corresponden a la tradición grecolatina (*ibidem*: 1642-1643). Este simbolismo tiene que ver con la representación sintética de la logia en la cual se encuentran distribuidos los doce signos zodiacales en las paredes y columnas simbólicas que forman el ámbito alegórico y exotérico de la logia (fig. 21), por lo que hay que hacer notar que la logia es una representación del cosmos (*ibidem*: 174).

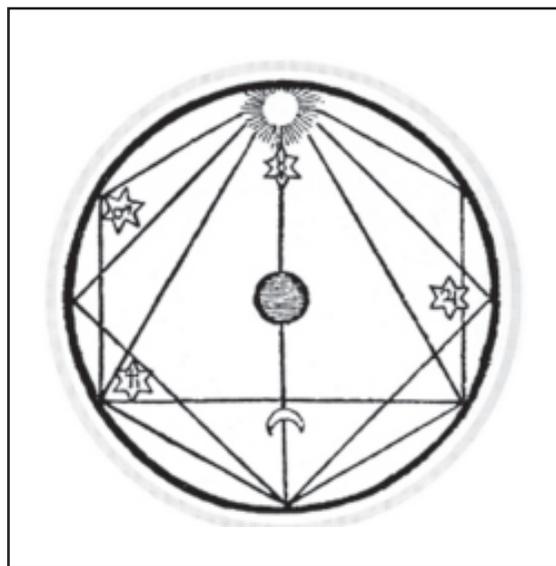
diciones que se refieren a ella se designan para describir, en forma alegórica, el progreso de la verdad en el alma, para cuya investigación es la labor del Masón, y cuyo descubrimiento es su recompensa... (*ibidem*: 1170-1182).

Conclusiones preliminares

El significado de la ofrenda localizada en la casa número 36 de la avenida Juárez representa un cambio en las estructuras del pensamiento religioso, filosófico y moral del mexicano de mediados y finales del siglo XIX, el cual ya se vislumbraba, por lo menos, desde finales del siglo XVIII,¹⁴ efecto que se proyectó hacia el ámbito social el cual propugnaba cambios profundos enfocados en la defensa del liberalismo y el régimen republicano cobijados por instituciones de distinto cariz político y económico.

En términos contextuales y de significación, la ofrenda estuvo relacionada con rituales de renovación y santificación del espacio (sagrado) y fue dedicada al Gran Arquitecto del Universo (GADU), por lo que es probable que haya sido colocada como *pedra fundamental* para el establecimiento de una logia. Los indicadores que pueden apoyar esta idea fueron obtenidos de la excavación, el más evidente tiene que ver con el hallazgo del piso de basalto gris y negro colocado a manera de tablero de ajedrez y las pilastras adosadas a los muros que desplantaban en el piso de basalto. Ahora bien, las logias varían en su forma y estilo arquitectónico, ya que influyen factores económicos y de disponibilidad de espacio; suelen ser de forma rectangular (Gallatin, 1924: 888), aunque existen semicirculares como el Recinto Parlamentario del Palacio Nacional, en la ciudad de México, reconocido por los masones como una logia simbólica. Por su parte, el piso en tablero forma parte del plano alegórico de la logia (véase fig. 21 y 22) a lo cual Gallatin afirma:

...el pavimento de una Logia propiamente construida en su recinto debería cubrirse con cuadros alternados blancos y negros, para representar el pavimento mosaico el cual formaba el piso del templo del Rey Salomón... (1924: 1139).



● Fig. 22 Representación geométrica del cosmos (logia) masón (Comenio, 1993).

En ninguna de las fuentes se habla de las dimensiones específicas de una logia, pero sí se afirma que debe ser del doble de un cuadrado (Leadbeater, 1960: 47). Hecho que simboliza la diversidad de seres, tanto animados como inanimados, que decoran y ornamentan la creación; así el pavimento de mosaico significa el entreceramiento por doquier del espíritu y la materia (*ibidem*: 75). Con todo, son mucho más los atributos de una logia, sin embargo, éste constituyó el indicador más claro de su presencia.

El hallazgo de la ofrenda masónica amplía nuestra perspectiva acerca de los objetos arqueológicos que pueden ser encontrados en la ciudad de México y en cualquier contexto arqueológico de mediados y posterior al siglo XIX en el país. Además de que genera un nuevo lenguaje factual que no debe ser pasado por alto, con todo y la falta de recursos documentales, ya que la prueba de su existencia es enteramente palpable; por lo que es necesario replantear nuestros objetivos y métodos cuando se trata de excavar contextos correspondientes a la ar-

¹⁴ El trabajo de Jean Bastiane (1989), ofrece una interesante perspectiva sobre grupos minoritarios y anticatólicos como los masones y los protestantes, y que jugaron un papel importante en los movimientos sociales del siglo XIX y durante la Revolución mexicana.

queología histórica,¹⁵ ya que el lenguaje masón en el contexto mexicano es común a la modernidad fundamentalmente liberal. Derivado de ello se revela la existencia de lugares de culto, reflexión y por ende sagrados (las logias), que contemplan ciertas características dimensionales. Por lo que debe considerarse una realidad la posibilidad de hallar más ofrendas de este tipo en contextos decimonónicos (privados y públicos), como el Palacio Nacional (patios marianos, Recinto de Juárez, Recinto Parlamentario) y el Hemiciclo a Juárez, entre otros. Por último, llama la atención el hecho de que en México la mayoría de los referentes masónicos conocidos están relacionados con el ámbito político; sin embargo, el hallazgo de la ofrenda involucra una praxis masónica en otros ámbitos, más allá de la política.

Bibliografía

- Álvarez Lázaro, Pedro
1998. *La masonería, Escuela de Formación del Ciudadano*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas (Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería).
- Arnold, Paul
1997. *Historia de los rosacruces y los orígenes de la francmasonería*, México, Diana.
- Bastiane, Jean
1989. *Los disidentes: 1872-1911*, México, FCE.
- Castro Morales, Efraín
2001. *Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*, Milán, Conaculta-INAH-Américo Arte Editores.
- Comenio, Juan Amós
1922. *Didáctica magna*, Madrid, Reus.
- 1993. *El mundo en imágenes*, México, Porrúa.
- Corona Paredes, Octavio, María Pérez Santillán y Pedro Sosa Meraz
2004. "Proyecto arqueológico en Plaza Juárez: Edificio del Tribunal Superior de Justicia del D.F.", México, DSA-INAH, mecanoescrito.
- Corona Paredes, Octavio, María Pérez Santillán y Fernando Guerrero Villagómez
2005. "Proyecto arqueológico en Plaza Juárez: Edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores", México, DSA-INAH, mecanoescrito.
- Fernández Ávila, Enrique y Susana Gómez Serafín (coords.)
1997. "Declaratoria alusiva a la arqueología histórica", en *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica en México*, México, Conaculta-INAH.
- Gallatin Mackey, Albert
1924. *Enciclopedia de la francmasonería y su relación con las ciencias*, San Antonio, Texas, Compañía Publicista Chrono.
- Hernández Pons, Elsa
1997. "Arqueología histórica en México: antecedentes y propuestas", en Enrique Fernández Ávila y Susana Gómez Serafín (coords.), *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica en México*, México, Conaculta-INAH, pp. 1-26.
- Leadbeater, C.W.
1960. *La vida oculta en la masonería*, México, Ediciones Oriente.
- 1973. *Vislumbres de historia masónica*, México, Orión.
- Lira, Andrés
1983. *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México: Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México.
- Meurin, Léon
1958. *Simbolismo de la masonería*, Madrid, Nuevo Orden.

¹⁵ "La arqueología histórica tiene como principal objetivo: la exploración arqueológica dentro de contextos de entornos históricos, caracterizados por asentamientos humanos declarados como centros históricos y zonas de monumentos [...] se enfoca al estudio de los procesos socioeconómicos de cambio social ocurridos durante los siglos XVI al XIX, tomando en cuenta aspectos específicos como la traza urbana y su equipamiento, del registro y documentación de los elementos arquitectónicos y constructivos de los inmuebles que integran tales asentamientos [...] y por supuesto de los materiales arqueológicos que recupera, bajo intervenciones científicas multidisciplinarias" (Fernández y Gómez, 1997).

- Oléa, Héctor R.
1960a. “La asociación masónica y su influencia en la Reforma”, *Boletín Bibliográfico de la SHCP*, 183, agosto, México, pp. 1 y 5.

- 1960b. “La asociación masónica y su influencia en la Reforma” (segunda parte), *Boletín Bibliográfico de la SHCP*, 187, septiembre, México, p. 5.

- Orozco Ríos, Ricardo
2001. “Porfirio Díaz. Gran Maestro de la Gran Dieta Simbólica de los Estados Unidos Mexicanos, Masón grado 33”, *Gaceta CEHIPO*, 47, t. IV, México, pp. 6-11.

- Piña Calva, Maribel y Fernando Guerrero Villagómez
2000. “Francisco I. Madero y su relación con las logias masónicas”, México, SHCP-DGPCAP, mecanoescrito.

- Ridley, Jasper
2000. *Los masones*, Buenos Aires, Vergara-Grupo Zeta-Ediciones B.

- Rocha Cortés, Arturo
2004. “El convento de Corpus Christi de México, para indias cacicas (1724)”, *Boletín de Monumentos Históricos*, 1, México, CNMH-Conculca-INAH.

- Sobrino Lázaro, Gonzalo
2005. “Apuntes históricos de la masonería en México”, *Buenos Días*, s/n, periódico de publicación quincenal, Campeche, 28 de enero.

- Viqueira Albán, Juan Pedro
1987. *¿Relajados o reprimidos?: Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, FCE.

- Yates, Frances
1987. *El iluminismo rosacruz*, México, FCE.

